

**El Sínodo de la “Iglesia desde los pueblos”.  
Migrantes, preciosos colaboradores del plan de Dios.**

*Monica Martinelli, mss*

Aquellos que se inspiran en la visión profética del obispo J.B. Scalabrini saben lo importante que es pedir el don de una *nueva mirada* sobre la realidad: la que sabe captar, en las fatigas, los dolores del parto de un mundo aún capaz de humanidad; la que sabe reconocer en las heridas, las fracturas que pueden generar nueva vida, no sólo para los que son socorridos, sino también para los que se inclinan sobre el otro.

Para tal mirada, los que se encuentran cruzando forzosamente las fronteras no son un problema que aumenta el miedo al mañana, sino los puestos avanzados del futuro. Como escribió el filósofo V. Flusser al respecto, el exilio, “*cualquiera que sea su forma, es de hecho la incubación de acciones creativas, es el semillero de lo nuevo [...]. Por esta razón, en el exiliado se ve una amenaza: él invierte lo que es habitual, se convierte en el epicentro de un terremoto [...]. Pero si este proceso se ve positivamente, entonces puede surgir algo creativamente nuevo para todos*”<sup>1</sup>.

Con el deseo de caminar como pueblo de Dios hacia la novedad que el Espíritu suscita en la Iglesia también gracias al encuentro de los pueblos a través de las migraciones, también nosotras, Misioneras Seculares Scalabrinianas, hemos podido participar en el camino sinodal realizado por la Diócesis de Milán. Un camino que ha significado *mirar* los signos de los tiempos que las migraciones llevan consigo, para contribuir a edificar la catolicidad de la iglesia, su ser *ab origine* iglesia que habita en el corazón de la Trinidad, comunión en la diversidad, mientras camina en el tiempo.

Y el tiempo en que vivimos está marcado por grandes cambios, claramente visibles en el territorio ambrosiano. De hecho, Milán es una de las principales encrucijadas de lenguas, culturas y religiones en el panorama contemporáneo italiano y europeo. Desde el punto de vista cuantitativo, el territorio de la diócesis presenció un crecimiento significativo de la presencia migratoria, que pasó de aproximadamente 100 mil a finales de los años ochenta a un aproximado actual de 755 mil, con una incidencia en la población total que ha pasado de menos del 2% hace veinte años al 13,4% en la actualidad<sup>2</sup>. Además del volumen, ha ido cambiando gradualmente la composición de la población inmigrante, por lo que hoy nos enfrentamos a un casi total equilibrio numérico de género, a familias reunidas, con muchos más niños y jóvenes y, al mismo tiempo, con personas presentes ya desde hace varias décadas.

---

<sup>1</sup> Flusser V., *Von der Freiheit des Migranten. Einsprüche gegen den Nationalismus* (Hamburg 2013), 109 (traducción propia).

<sup>2</sup> Los datos presentados aquí son el resultado de las estimaciones realizadas por la Fondazione ISMU sobre 2017: cfr. *Ventiquattresimo Rapporto sulle Migrazioni 2018* (Milano 2018).

La iglesia de Milán –caminando contra corriente con relación a la indiferencia que serpentea y refuerza la producción de muros, reales y simbólicos– ha propuesto a sus fieles y a la sociedad civil que traten de considerar esta presencia multilingüística y multireligiosa como una oportunidad en muchos niveles.

¡Un extraño tipo de oportunidad!, se podría decir en relación con los temores generalizados. Sin embargo, precisamente los migrantes invitan a considerar cuestiones fundamentales que, si se enfrentan de manera seria, pueden ayudar a combatir esos temores.

De hecho, las migraciones son una lupa. La presencia –en las ciudades y comunidades eclesiales– de personas que tienen detrás de ellos la experiencia migratoria inevitablemente abre una ventana al mundo. A nivel global, la distribución perversamente desigual de recursos y riquezas, la defensa a toda costa de intereses parciales, la reconfiguración de los poderes violentos, la violación sistemática de los derechos humanos, el aumento de la producción de *deshechos* hasta el distanciamiento progresivo de los seres humanos, muestran que no existe una *crisis de refugiados* a nivel mundial, sino una *crisis del mundo* que genera movimientos de fuga y migraciones forzadas.

Por supuesto, ante un fenómeno tan vasto y complejo como son las migraciones contemporáneas, que ponen en juego enormes cuestiones, a menudo nos sentimos impotentes: no es difícil convencerse de que las *responsabilidades* que se deben asumir son demasiado grandes. Pero lo que la experiencia de la vida a menudo restituye es la conciencia de que no es tan ancha la distancia entre los desafíos de nuestro tiempo y los pasos que se pueden hacer, la contribución que cada uno puede dar.

Todo está conectado. Incluso los pequeños gestos son preciosos. Gestos que van en la dirección de lo concreto, movidos por la constatación de que la inmovilidad a la que puede llevar la conciencia de la extrema complejidad de los problemas no hace más que reproducir continuamente la abstracción. Y la abstracción –como lo muestra la historia reciente– reduce a las personas a categorías, las despoja de toda distinción peculiar, de un rostro, de una singularidad, de un nombre. En ese punto, la eliminación del otro se hace aún más fácil.

En contraste con la abstracción, el desafío de lo concreto es el desafío de la proximidad, del encuentro. Que siempre es incierto en su resultado. Hay un riesgo que se corre en la recepción del otro. Un riesgo que nuestras sociedades perciben y ante el cual, por lo tanto, están asustadas, quedando prisioneras de sus muros. Sin embargo, a lo largo de este camino, se impide que el vínculo interhumano renazca.

El encuentro, a veces, toca precisamente el poder de los lazos que pueden desafiar la brutalidad de la guerra, de la miseria, de la tortura, del exilio, pero también la paradoja de la riqueza virtual y de la miseria simbólica que han envuelto parte del mundo y lo hunden en una constelación social pobre en rastros de vida del espíritu.

Nuestras ciudades –sugirió el Arzobispo de Milán en su tradicional *Discurso a la ciudad* el 6 de diciembre de 2017, justo al comienzo del Sínodo– son laboratorios extraordinarios y potenciales para esta concreción que puede contrastar la crisis de la socialidad. Con este fin –reiteró– podemos trabajar juntos mirando hacia el futuro, con la esperanza de enfrentar los desafíos planteados por los procesos migratorios a la sociedad, a la iglesia, a las familias y a cada uno.

Para el camino sinodal, inaugurado el 27 de noviembre de 2017, Mons. Delpini formó una Comisión central para la coordinación de los trabajos: entre los miembros de la Comisión, el P. René Manenti, Misionero Scalabriniano, párroco de Santa Maria del Carmine en Milán, y yo pudimos hacer presente a la Familia Scalabriniana. La Comisión ha acompañado los trabajos paso a paso, en la atención que cada miembro de la comunidad eclesial, convocada por su pastor, pudiera ofrecer su contribución a la casa en construcción que es la iglesia, esta convivencia fraterna que camina en el tiempo dejándose atraer por Jesús, el que desde la cruz atrae a todos a sí mismo, derribando cada muro de separación y dando la paz.

El método sinodal ha pretendido seguir las indicaciones del Papa Francisco, quien continuamente invita a los creyentes a vivir la sinodalidad como una *iglesia en salida*, llamada a escuchar las expectativas y los sufrimientos de nuestro tiempo, a discernir los signos de la presencia de Dios y a sembrar esperanza para el futuro del mundo, aprendiendo a pensar y actuar juntos.

El Sínodo, llamado *menor* –porque, según la tradición ambrosiana que se remonta a San Carlo, quiso centrar su atención sólo en un aspecto peculiar de la vida de la iglesia en su momento histórico actual– comenzó oficialmente el 14 de enero de 2018 con una celebración en la basílica de S. Ambrogio, y la entrega a la diócesis de un instrumento de trabajo con algunas directrices destinadas a solicitar, en la base, una participación amplia y vivaz de todos<sup>3</sup>.

De hecho, precisamente el proceso de escucha generalizada que se desarrolló en la diócesis ha constituido el rasgo peculiar de este Sínodo: grupos parroquiales; comunidades de migrantes; grupos de jóvenes y educadores; así como estudiantes universitarios; trabajadores de la caridad y la salud; sacerdotes y consagrados; administradores locales y el mundo del trabajo; personas involucradas en tejer el diálogo ecuménico e interreligioso; maestros y docentes; y todos aquellos que deseaban participar en este proceso se reunieron y se confrontaron durante algunos meses en torno a los rastros de reflexión propuestos por la Comisión de coordinación, y luego devolvieron reflexiones, investigaciones, preguntas, sugerencias para el camino de la iglesia y la sociedad, junto con deseos y sueños para el futuro.

El proceso de escucha ofreció una valiosa contribución a ese *viaje*, o más bien *éxodo*, que todos compartimos: el volvernos humanos, pensados por Dios como criaturas libres, hijos llamados a participar en Su propia vida, ya ahora, “en el tiempo de la peregrinación terrena” que vivimos como iglesia “pueblo peregrino que no busca seguridad en la pausa sino en el ir hacia el Señor”<sup>4</sup>.

De hecho, en vista de su clausura en la víspera de la fiesta de San Carlos, –que tuvo lugar el 3 de noviembre de 2018 con una solemne celebración en la Catedral de Milán– los trabajos del Sínodo no pretendieron *producir* algo que finalmente satisficiera un poco a todos y estableciera lo que en cambio pertenece al camino. El Sínodo, del cual también los documentos finales entregados a la Diócesis el 2 de febrero de 2019 pretenden ser un reflejo<sup>5</sup>, ya *sucedio* en el proceso. Este, es decir, ha asumido a lo largo de su despliegue, la fisonomía de un camino dinámico de escucha y

<sup>3</sup> Las directrices para los trabajos del Sínodo están contenidas en el documento: “*Chiesa dalle genti*”. *Responsabilità e prospettive*, Centro Ambrosiano (Milán 2018).

<sup>4</sup> Así Mons. Delpini en su *Lettera introduttiva* a los documentos finales del Sínodo, 1 de febrero de 2019.

<sup>5</sup> Veanse al respecto: la *Lettera introduttiva* del Arzobispo M. Delpini a los documentos finales del Sínodo “*Ti mostrerò la promessa sposa, la sposa dell’Agnello*”, 1 febbraio 2019; el texto de presentación “*Chiesa dalle genti, responsabilità e prospettive. Le ragioni di un Sinodo*” aprobado por la Asamblea sinodal el 3 de noviembre de 2018; las Constituciones sinodales “*Chiesa dalle genti, responsabilità e prospettive. Orientamenti e norme*” que entran en vigor a partir del 1 de abril de 2019.

confrontación que, incluso una vez finalizado el Sínodo, puede seguir ayudando a comprender cómo vivir y convertirse en “la iglesia desde los pueblos” gracias a la presencia de creyentes provenientes de diferentes naciones, ya que cada uno es una piedra preciosa del mosaico.

El Arzobispo, en su discurso de apertura, se había expresado con las siguientes palabras: “El método sinodal quisiera ser un estilo habitual para cada momento de iglesia, desafiando la tendencia a la inercia, la inclinación al escepticismo” que, como sabemos, a menudo paralizan la vida. El Sínodo –había subrayado– pretendía indicar “una forma de vivir nuestra peregrinación, para que la comunidad cristiana pueda convertirse para ser la tienda de Dios con los hombres”<sup>6</sup>.

“Confluirán todas las naciones. Acudirán pueblos numerosos y dirán: «Vengan, subamos al monte del Señor, al templo del Dios de Jacob, para que él nos enseñe sus caminos y nosotros sigamos sus senderos»” (Isaías 2,2-3): con las palabras del profeta Isaías, al final de los trabajos, el Arzobispo invitó a “habitar en el asombro” por ese evento –el Pentecostés– que, para algunos, fue motivo de escándalo, pero para otros de “entusiasmo y atracción que convence a escuchar las palabras de la iglesia y a preguntarse: «¿qué debemos hacer, hermanos?»” (Hechos 2,37). Y si vivimos escuchando al Espíritu de Dios, no podemos dejar de ser interpelados por las pruebas que llamamos *apelaciones*, por las situaciones que llamamos *ocasiones*, viviendo con confianza dentro de los dramas de la historia y en su dureza a veces insoportable<sup>7</sup>.

A esta invitación parece hacer eco la búsqueda de muchos jóvenes, nativos y migrantes. Un ejemplo de esto es la pregunta de un joven eritreo que, como muchos otros, se encuentra en el centro de un acontecimiento epocal: “¿Cómo podemos hacer que de este dolor de tantos nazca un encuentro entre las personas? ¿Y que ninguna herida sea un fin en sí misma, sino que sea una semilla de una nueva humanidad en la que nos reconocemos como corresponsables del destino del otro?”

Esta expectativa recuerda lo que el Beato G.B. Scalabrini dijo en su tiempo lanzando un puente hacia el siglo de las grandes migraciones: también a través de los éxodos humanos que reflejan situaciones de injusticia y miseria, incluso a través del encuentro y, a veces, del choque entre las diferentes culturas y mentalidades, en el trabajo febril de los pueblos que progresan, caen y se renuevan, se está preparando aquí una obra más vasta de lo que nuestro pensamiento puede imaginar: el nuevo pentecostés de los pueblos, es decir, una humanidad en la que las personas y los pueblos se descubren entre sí pertenecientes a la única familia de la humanidad<sup>8</sup>, en la que podemos vernos a nosotros mismos “como dones sagrados dotados de una dignidad inmensa”<sup>9</sup>.

La elección de nombrar el Sínodo “Iglesia desde los pueblos” indica justo este camino. De hecho, no fue un Sínodo *sobre* los migrantes, sino *con* los migrantes, *con* los creyentes de todas las nacionalidades presentes en el territorio de la diócesis y también *con* los creyentes de otras religiones que desean confrontarse sobre desafíos comunes, así como *con* todos los que tienen en su corazón el deseo de cambiar, de superar formas y lenguajes (personales, interpersonales e institucionales) que se han vuelto inadecuados con respecto a la convivencia plural, dando espacio al bien que avanza, al futuro que se revela.

---

<sup>6</sup> Homilía durante la Santa Misa del 14 de enero de 2018.

<sup>7</sup> Vea la *Lettera introduttiva* del Arzobispo, cit.

<sup>8</sup> Vea el famoso discurso del Beato G. B. Scalabrini en el Catholic Club de Nueva York, el 15 de octubre de 1901.

<sup>9</sup> Papa Francisco, *Mensaje de la Jornada Mundial de la Paz 2017*.

El camino sinodal estuvo marcado “por el reconocimiento recíproco y por la estima mutua”<sup>10</sup>, por la convicción de que el otro es un regalo para nosotros, para nuestra fe, para la vida de nuestras comunidades eclesiales llamadas a reflejar la iglesia universal, así como para nuestras ciudades y sociedades que continuamente son estimuladas a no ocultar sus paradojas, sino a repensar su propio ser como *civiles* sobre la base no tanto de la eficiencia o seguridad para algunos, sino de la capacidad de acoger y cuidar la común aspiración de un futuro vivible para todos, un futuro para el cual ofrecer su propia contribución sin eludir la responsabilidad.

A lo largo del camino nos ha acompañado el deseo de aprender unos de otros, nativos y migrantes, de cambiar nuestros estilos de vida y visiones estereotipadas, yendo más allá del “siempre se ha hecho así”: “La vocación de dar forma a la iglesia del mañana, vivida en la docilidad al Espíritu de Dios, requiere caminos de sobriedad, formas prácticas de solidaridad, una sensibilidad católica que no tolera discriminaciones”<sup>11</sup>.

Ciertamente, el Sínodo constituyó un momento precioso para la iglesia, pero su valor se amplía: en un tiempo en que el bienestar económico produce en la metrópoli (como en muchas partes del mundo) muchas formas de soledad y depresión, mientras que la deprivación de las periferias (sociales, geográficas y existenciales) produce desesperación, tal vez podamos salvarnos del aislamiento, el abandono, los muros y la violencia precisamente a través de gestos de cooperación, elegidos por aquellos que, de muchas maneras diferentes, corren el riesgo del encuentro con el rostro del otro.

Como indica el magisterio de Francisco, en este riesgo de encuentro con el otro, “*con su presencia física que interpela, con su dolor y sus peticiones, con su alegría contagiosa en un constante cuerpo a cuerpo*”, nuestra fe está en juego. De hecho, “*la fe auténtica en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable [...] de la reconciliación con la carne de los demás*”<sup>12</sup>.

El camino sinodal –que sigue siendo un proceso vital abierto y entregado a la fe de cada comunidad eclesial y de cada uno– puede continuar constituyendo una oportunidad preciosa para hacer circular la fuerza unificadora del encuentro, en un trabajo infinito de edificación de la humanidad común: “*Hoy [...] sentimos el desafío de descubrir y transmitir la ‘mística’ de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos en nuestros brazos, de participar en esta marea algo caótica, que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación*”<sup>13</sup>.

Ahora, como ya al comienzo del camino sinodal, el cambio que el Espíritu ha suscitado e indicado, para que pueda ser concreto y profético, se confía al misterio de amor que es la cruz de Cristo. Significativamente, de hecho, precisamente la cruz había sido elegida como símbolo para el Sínodo, una cruz de madera que recuerda la de San Carlos. Ella ha recorrido las calles de la diócesis, acompañando, con la fuerza que siempre libera, el camino de confrontación y la experiencia de comunión en la diversidad. Fue hecha utilizando diferentes maderas, para representar los cinco continentes. En el centro, un cuadrado color púrpura rememora la sangre ofrecida de Cristo, el don de la vida, ese movimiento de *salida* de uno mismo que genera vida.

---

<sup>10</sup> Texto de presentación “*Chiesa dalle genti, responsabilità e prospettive. Le ragioni di un Sinodo*”, cit.

<sup>11</sup> Vea la *Lettera introduttiva* del Arzobispo, cit.

<sup>12</sup> Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, n. 88.

<sup>13</sup> *Ibid.*, n. 87.

*Con los migrantes, constructores ocultos y providenciales de la fraternidad universal desde dentro del mismo drama de la emigración, a menudo fruto de injusticias y cerrazón, esperamos en nuevos cielos y una nueva tierra.*

*Su presencia, si es aceptada y estimada, puede convertirse en una riqueza para todos.*

*En particular, es para la Iglesia profecía y “sacramento de catolicidad”, recordándole su vocación universal.*

(Texto básico de la Traditio Scalabriniana, 5)

[Traducción del texto original en italiano: Giuliana Fusi, Óscar Badillo]